

mento en que debería volver lleno de vida á su hogar, triste desde aquel momento y personificado en su doliente madre. Mas no fué todo así. A los pocos días del examen profesional se le dió orden de marcha á esa región mortífera del país, la más llena de calamidades y peligros, región dantesca que para deportar criminales sería cruel y que para hombres de estudio es un sepulcro.—¡Yo deploro y siempre deploraré no haber impedido con toda la fuerza de mi cariño fraternal tal infortunio!

El agotamiento que deja tras sí la preparación del examen profesional, los desvelos inauditos que acarrea y los sufrimientos morales que lo acompañan, necesitan descanso y reposo durante algún tiempo, esto es un principio de los más triviales de la higiene; pues bien, ¿habrá un lugar más á propósito para reparar las fuerzas y descansar de las fatigas, que aquel en donde se ve la luz del día y se teme concluir también con ella, allí en donde se tiene la vida en abierta y desigual lucha con el medio? Seguramente no hay ninguno, ese es el indicado. La constitución física individual, las reglas de aclimatación, los cambios de vida, etc., nada significan en esas mal estudiadas disposiciones.

Diez meses de tortura para él, diez siglos de angustia en su hogar, tuvieron un desenlace funesto y repentino. Morir muy lejos, abandonado de los suyos, es un tormento como pocos para las almas que conservan aún las tradiciones heredadas de las familias creyentes.

Si es difícil describir el dolor de una madre que en lugar de recibir la vida de su vida recibe una noticia: "su hijo muerto," no lo es, por mi fortuna, imaginarlo; si no es fácil describir las emociones que en tropel se agitan cuando se ven defraudadas las esperanzas de volver á la vida feliz del amigo, ó mejor del hermano que se ausenta para no volver más, no cuesta trabajo imaginarlo para los que semejantes á mí tienen aún fe ciega en la amistad y no tienen todavía el corazón lacrado por el escepticismo. Sufrirán, sin duda, al pensar que unos restos continuarán caldeados en aquella región dantesca, donde se ve la luz del día y se teme morir también con ella, allí donde las lágrimas no podrán humedecer el sepulcro que encierra á la víctima de muerte artera y vil! Si él hubiera sido muerto por balas enemigas, si en la defensa de una noble causa hubiera sido atravesado el corazón de parte á parte, no habría descontento; hubiera sido un héroe: el llanto reflejaría un legítimo orgullo. pero sucumbir por enfermedad traidora es poner en el ánimo un desconsuelo sempiterno.

El Dr. González Ibarra vivió poco y murió cuando empezaba á ser útil á la humanidad.

La Sociedad "Leopoldo Río de la Loza," al enlutar las columnas de sus Anales por uno de sus fundadores, ha cumplido un acto de justicia. Mucho amó á esta docta Asociación y mucho esperaba de su entusiasmo y su talento.